Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Le manuscrit inachevé*

© 2025, Franck Thilliez
© 2026, de la traducción por Paula Parra Cotelo
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-16-2
DL: B 9.920-2026

Composición:
Grupo Ormo

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en septiembre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Franck Thilliez

El manuscrito

Traducción de Paula Parra Cotelo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Sholmes: «Wilson, nos equivocamos con Lupin.
Tenemos que volver a empezar desde el principio».
Wilson: «E incluso antes de eso, si es posible».

Maurice Leblanc,
Arsène Lupin contra Herlock Sholmes

Prefacio

«Antes que nada, una palabra: xifóforo».

Así comienza el libro de mi padre, Caleb Traskman. Encontré el manuscrito en una caja de cartón abandonada en el fondo del desván, donde solía acumularlo todo. El paquete de folios tamaño A4 llevaba un año escondido en medio del caos, al calorcito justo bajo un tragaluz que, aquel verano, derramaba una hermosa luz del norte. Mi padre nunca le confió a nadie la existencia de este manuscrito; seguramente lo escribió en soledad, en su inmensa villa frente al mar, durante los diez meses en que mi madre moría poco a poco en un hospital, carcomida por el alzhéimer.

No llegó a terminar esta historia que, por aquel entonces, no tenía título. Sin embargo, creo que solo le faltaba una decena de páginas para completar las casi quinientas que conforman el manuscrito. No parece gran cosa, pero es una verdadera catástrofe para el género literario en el que mi padre se había convertido en uno de sus representantes más ilustres. Los *thrillers* de mi padre hacían estremecer a miles de lectores, y yo estaba convencido de que tenía entre manos una de sus mejores novelas. Retorcida, laberíntica, increíblemente angustiosa. También una de las más oscuras. La historia de Léane, una escritora hecha de la misma pasta que él, me cautivó por completo y me recordó hasta qué punto los libros de mi padre eran espejos de sus profundos temores y de sus peores obsesiones. Creo que solo se sentía en paz consigo mismo cuando plasmaba sus miedos en el papel. Y esta novela no escatima en horrores, palabra de un Traskman.

Seguramente estaréis pensando: ¿y ese famoso final? Esa conclusión en la que se suponía que todo debía resolverse, ¡por Dios bendito! ¿Por qué Caleb Traskman, el rey de la intriga y de los desenlaces grandiosos, no aclaró todas las dudas? ¿Por qué no llegó hasta el final de su decimoséptima novela?

Podría haber llegado a creer que pausó toda su vida debido a la muerte de mi madre, que dejó el manuscrito incompleto siendo

ya consciente de que, tres meses más tarde, se dispararía una bala en la cabeza con un arma de policía. O tal vez no sabía cómo darle un final a la historia. Sí, podría haber creído todo eso si no fuera porque algunos elementos del texto me contaban lo contrario, si no fuera porque me susurraban al oído, desde el inicio de la escritura, que mi padre sabía que jamás la terminaría, como si esa «no-conclusión» fuera en sí misma parte de la intriga, del «misterio Caleb Traskman». Un último golpe de efecto antes de su muerte.

A pesar de todo, los más cartesianos pensaréis: ¿por qué empeñarse en escribir un libro sin final? ¿Por qué dedicar un año de su vida a construir una casa sabiendo que nunca pondrá el tejado? En este momento en que os escribo, todavía hay un verdadero enigma sin resolver, pero pertenece más bien a la vida privada.

Cuando Évelyne Leconte, su editora de toda la vida, se enteró de la existencia de este manuscrito, saltó como un resorte. Pero, al leerlo y descubrir que el libro no era más que un truco de magia desprovisto de su efecto final, se sumió en la más profunda desesperación. Era impensable publicar una novela póstuma de Caleb Traskman sin su llamativa conclusión, aunque, imagino, muchísimos de sus lectores se habrían lanzado de cabeza a la historia de todas formas.

Así pues, llegó el momento de las teorías, del cruce de ideas para intentar resolver ese rompecabezas que mi padre había planteado. Nuestras maratónicas jornadas de reflexión en las oficinas parisinas se prolongaron durante semanas. En cada reunión, éramos una decena de personas, sentadas alrededor de la mesa, leyendo y releyendo el manuscrito, desmenuzando cada página, con el objetivo de entender por qué Caleb había subrayado los palíndromos… y por qué parecía tan obsesionado con las cifras en esta novela.

Durante todos aquellos momentos de incomprensión y dudas, nos observábamos en un silencio tenso. Nos obsesionamos durante mucho tiempo con el principio, con ese «antes que nada, una palabra: xifóforo». ¿Por qué esa frase? ¿Cuál era su verdadero significado? Os juro que no queda un solo empleado en la editorial que, a día de hoy, no sepa que un xifóforo es un pececillo tropical de agua dulce, conocido también como pez cola de espa-

da o portaespada, por la forma de su aleta caudal. Ya estás más encaminado, ¿verdad?

Entonces, un día, Évelyne –que lo conocía desde hacía más de treinta años– propuso una solución.

LA solución.

Por fin había encontrado la clave y había conseguido descifrar la mecánica implacable del espíritu enrevesado de mi padre. Después de todo, pensándolo bien, aquel final era bastante evidente, y todos los elementos estaban ahí, expuestos ante nosotros desde las primeras –y también las últimas– palabras. Pero lo evidente, cuando cae en manos expertas, puede convertirse en lo más difícil de percibir. Ahí residía todo el ingenio de Caleb Traskman.

Ya solo quedaba redactar ese final, y entonces todas las miradas se dirigieron hacia mí. No poseo el talento del patriarca, pero, como digno heredero, había publicado, algunos años atrás, un par de novelas negras sin pretensiones. Así pues, hacia el final de la novela, encontraréis una nota en la que se indica el momento en que tomé el relevo de mi padre. También notaréis que se han dejado tal cual las palabras subrayadas y otros elementos importantes a lo largo de la trama. Tenéis entre vuestras manos lo mismo que cayó en las mías el verano pasado.

Hay algunos puntos que no logramos resolver durante la redacción de este final, o que tuvimos que imaginar por nuestra cuenta. Es difícil saber con exactitud adónde quería llegar mi padre y cómo tenía previsto concluir esta historia. Frente a las lagunas que el relato original no nos permitió llenar, nos vimos obligados a tomar decisiones y hacer elecciones que quizá no habrían sido las mismas que las del autor. Para que os hagáis una idea de la complejidad de la tarea, basta con imaginar a la Gioconda sin su rostro y poneros en la situación de que os pidieran dibujarlo a vosotros… En todo caso, espero que mi conclusión esté a la altura de vuestras expectativas; he dado lo mejor de mí mismo porque así sea.

Para respetar el trabajo de Caleb hasta el final y mantener el espíritu de este libro en cada una de sus palabras, hacía falta un desenlace como el que descubriréis. Si permanecéis atentos durante la lectura, la respuesta a la pregunta que inevitablemente os haréis estará ahí.

Ah, una última cosa. Cuando pienso en los lectores más asiduos de Caleb, que también serán los más escépticos respecto a la naturaleza de este prólogo, ya puedo imaginar su razonamiento: es el propio Caleb Traskman quien está escribiendo estas palabras, pues sería capaz de hacerlo. El prólogo forma parte de la historia, lo que implica que Caleb redactó el final modificando su estilo de escritura. Tenéis derecho a pensarlo, y jamás podré probar lo contrario. Pero, al fin y al cabo, poco importa. Una novela es un juego de ilusiones; todo puede ser verdadero o falso, y la historia no existe hasta que vosotros la leéis.

Este libro que estáis a punto de comenzar a leer (aunque… ya lo habéis comenzado, ¿verdad?) se titula *El manuscrito*. Fue idea mía, y toda la editorial estuvo de acuerdo. No había otra alternativa posible.

J. L. Traskman

Caleb Traskman

El manuscrito

«Antes que nada, una palabra: xifóforo».

Prólogo

Enero de 2014

El invierno: hambriento, agresivo, implacable. Desalentaba a los corredores de los domingos y, con su ala helada, daba un fin prematuro a todos los propósitos de Año Nuevo. Sarah no pensaba lo mismo; lo veía como una motivación extra para llevar a cabo su entrenamiento. Cada vez quedaba menos para los campeonatos departamentales de carreras de medio fondo, y ella planeaba brillar en cada uno de ellos.

Con la cabellera rubia escondida bajo un gorro de lana azul y verde, las manos protegidas por sus guantes de *running* y el brazalete reflectante apretado alrededor del brazo, la estudiante de secundaria de diecisiete años descendió las escaleras de la villa y se asomó al despacho.

–¡Mamá, me voy!

Nadie le respondió. Sin lugar a dudas, su madre se encontraba paseando por las dunas o a la orilla del mar, en busca de inspiración para su próxima novela. Respecto a su padre, jefe de obra en la restauración del patrimonio, nunca llegaba a casa antes de las siete de la tarde, y últimamente las siete se habían convertido en las diez de la noche. Cada vez era más habitual que sus padres no se cruzaran, que no se dedicaran ni una mirada, que cenaran en silencio, cara a cara, como un par de carpas doradas. Por eso Sarah se negaba a casarse. Si ya le costaba aguantar tres meses con un tío, mejor ni hablar de pasar diecinueve años en el mismo acuario…

La Inspiradora se alzaba tras las dunas de la bahía de Authie, en el extremo sur de Berck. A Sarah le parecía que «La Inspiradora» era un nombre un tanto cretino, pero fue entre las paredes de la villa –una ruina tirada de precio que habían adquirido hacía diez años y que, por aquel entonces, se conocía como La Rosa de las Arenas– donde Léane, su madre, maestra en aquella época, había escrito su primera novela de éxito. Se accedía por un camino de

asfalto lleno de baches, trescientos metros después de haber dejado atrás el faro blanco y rojo que vigilaba la costa. En cierto modo, la casa anglonormanda marcaba el fin de la humanidad y el comienzo del reino de la naturaleza. Los únicos visitantes se reducían a un puñado de gaviotas, posadas en lo alto del tejado de pizarra, constantemente azotado por el viento cargado de arena. Sarah odiaba la arena, pues era una materia repugnante que se incrustaba hasta en el más mínimo resquicio, azotaba las ventanas y ensuciaba los coches.

Se sacó un selfi con los ojos alegres, como dos grandes lagos de luz azulada, y le envió la foto a su madre, acompañada del mensaje «He salido a correr», tras lo cual dejó el móvil sobre la mesa del salón, salió y cerró la puerta con llave. La joven deportista pasó por delante del cobertizo de los carros a vela y se adentró en un sendero entre las dunas. Unos metros más adelante, llegó a la vía asfaltada, la carretera que conectaba la bahía de Authie con la explanada.

En verano, el lugar se llenaba de caminantes, la mayoría atraídos por la colonia de focas y leones marinos que llevaba una eternidad allí asentada. Pero en aquel 23 de enero de 2014, a las 17:30 h, en la oscuridad que las farolas apenas conseguían atravesar, no quedaban más que los fantasmas de los vendedores de gofres y los espectros inasibles de las cometas.

A pesar de que el frío no le molestaba, Sarah detestaba la temporada baja y solo anhelaba una cosa: escapar de la Costa de Ópalo. Aquellas ciudades, ubicadas en el fin del mundo y carentes de vida la mitad del año, parecían cementerios marinos. Sus restaurantes y bares permanecían escondidos tras las persianas metálicas; sus habitantes, encerrados en casa, bebiendo o dejándose consumir junto al fuego, aferrados a la túnica negra del invierno… Un verdadero hogar para moribundos. Sus padres –sobre todo su madre, gracias a unos buenos derechos de autor– estaban a punto de comprar un piso en el centro de París. Cambiar una villa de trescientos metros cuadrados en el corazón de las dunas por un apartamento de tres habitaciones en un quinto piso con vistas a la torre Eiffel les vendría de perlas. A fin de cuentas, no se trataba de vender La Inspiradora, sino de tener un segundo domicilio en la capital. Su madre jamás podría escribir sus historias de asesinatos

y secuestros en otro sitio que no fuera junto al mar del Norte, pues tenía con su casa el mismo vínculo especial que un viejo marinero con su barco. Léane estaba convencida de que la villa le daba buena suerte.

Supersticiones de una escritora, suponía la joven.

En media hora, Sarah apenas se cruzó con nadie, pues había cuatro gatos por la zona. Las olas perezosas apenas pintaban de blanco la parte baja del dique. Berck naufragaba como una ballena muerta hacia el abismo. Cuando una neblina gélida comenzó a congelarle el rostro, la joven decidió dar media vuelta: era una motivada, sí, pero tampoco estaba tan mal de la cabeza.

Bordeó el hospital marítimo –el decorado perfecto para una película de terror– y pasó por delante del faro y su ojo de cíclope. En la zona para las autocaravanas, se sorprendió al toparse con una decena de vehículos atrapados entre los cobertizos para botes y las montañas de arena. Los tintineos de luz que surgían del interior delataban la presencia de los valientes que se habían acercado a la costa, a pesar del frío que pelaba. Se los imaginó embutidos en pijamas calentitos, atontados viendo la tele o embriagándose con interminables partidas de cartas, acompañados por una botella de vino.

Se guio por la luz azulada de las farolas para regresar al borde de la bahía de Authie. Tras un centenar de metros difíciles por la arena húmeda, guiada solo por la luz reflectante que llevaba sujeta al brazo, por fin logró percibir, a través de la neblina espesa, las luces difusas de la villa: latidos de vida en medio de aquel infierno de arena. A pesar de las capas de ropa, el viento punzante del oeste le calaba hasta los huesos. Ya comenzaba a imaginar los placeres de un buen baño, con los auriculares puestos y *Happy*, de Pharrell Williams, a todo trapo.

Cogió la llave del lugar donde la había dejado y la introdujo en la cerradura, pero la puerta no estaba cerrada con llave.

–¡Mamá, ya estoy aquí!

No se fijó en la sombra que se alzaba a sus espaldas, ni se dio cuenta de que levantaba el brazo para golpearla.

El dolor en el cráneo.

Después, la más absoluta oscuridad.

Seis meses más tarde, un mechón compuesto por quinientos doce pelos –ni uno más, ni uno menos– llegó por correo al buzón de La Inspiradora. La Policía confirmó que eran de Sarah y relacionó el caso con el *modus operandi* de un individuo que todavía andaba suelto, autor hasta el momento de cuatro secuestros. El sobre había sido franqueado en Valence, en el departamento de Drôme, a ochocientos kilómetros de allí.

Léane y Jullian Morgan no volvieron a ver a su hija.

Capítulo 1

Cuatro años más tarde
Diciembre de 2017

Poco después de salir de la gasolinera, Quentin cogió el móvil de última generación que se encontraba sobre el salpicadero. Intentó desbloquearlo, pero el cacharro estaba protegido con identificación por huella dactilar. Lo apagó –se negaba a que lo rastreasen mediante geolocalización–, lo lanzó al asiento del copiloto y pulsó el botón para poner la radio. El rapero Nekfeu, con su tema *Nique les clones*, sustituyó la música clásica del CD y propagó su punzante discurso a través de los altavoces del sedán.

«Ya no veo más que clones, todo esto empezó en el cole. ¿De quién te aprovechas para seguir adelante? Aquí, todo el mundo interpreta un papel soñando con ganar millones. Y yo florecí como una rosa entre las ortigas».

Una rosa entre las ortigas. Eso era lo que él creía haber sido en aquella ciudad: un chaval distinto, capaz de salir adelante a base de pura determinación, que aspiraba a una formación profesional en mecánica con la idea de acabar reparando coches. Habría podido vivir su sueño bajo los capós de Ferraris, Porsches y Audis R8, en lugar de sostener el volante como los cabecillas del barrio. Sin embargo, la ciudad lo había atrapado, engullido y digerido como una ortiga, transformándolo en un clon de la chusma. Ni siquiera tenía el carné de conducir. La miseria lo había atrapado como un pulpo: imposible escapar una vez aprisionado entre sus tentáculos, enredado en su tinta.

Quentin se limpió el sudor de la frente, bajó la cremallera de la chaqueta bómber y miró por el retrovisor. No había nadie en la carretera, solo curvas, la noche y el muro oscuro de las montañas. A pesar de lo que acababa de hacer, se sentía bien, sereno y libre. Le gustaba aquella atmósfera de fin del mundo, lejos del hormigón, del ruido, de los gritos de las mujeres golpeadas por sus

vecinos de rellano. Pronto dejaría atrás los gigantes de granito y regresaría a su desgraciado bloque de viviendas en Échirolles, donde se pasaría el día durmiendo, fumando porros y jugando a la Play hasta la próxima vez. El teatro de su vida miserable, resumido en tres actos.

Miró de reojo los billetes esparcidos sobre el asiento del copiloto, bajo su Beretta y el móvil. No era mucho, pero llegaría el día en que tendría suficiente dinero ahorrado. Él también se marcharía, como su padre, pero no por los mismos motivos. Acarició la cruz que colgaba de una cadena de oro enganchada al retrovisor y sonrió. Dios velaba por él.

El resplandor azulado de las luces giratorias lo sorprendió al salir de una curva cerrada. Bajo el destello de los faros de su coche, un hombre ataviado con un chaleco naranja agitaba una barra luminosa. Había un camión pesado estacionado a lo largo del aparcamiento, que estaba siendo inspeccionado por un pastor belga *malinois* y su guía canino.

La aduana francesa.

Quentin maldijo. Después de llevar a cabo su jugada, había salido de la autopista y se había adentrado en las curvas montañosas para evitar ese tipo de líos. Soltó el pie del acelerador. ¿Qué demonios hacían allí esos cabrones a esas horas de la madrugada, y en pleno parque natural de Chartreuse? Los agentes aduaneros eran como la rabia: no se conformaban con un simple control de identidad, lo registraban todo a fondo y metían a su alimaña de cuatro patas en la cabina y el maletero. Durante una fracción de segundo, se planteó dar media vuelta, pero, entre la estrechez de la carretera, el quitamiedos y el barranco, huiría pisando huevos. Y, además, el agente ya le había echado el ojo y le hacía señas para que se apartara en el arcén.

Respirar, no desmoronarse, pensar… Cinco hombretones. Tres vehículos, dos de ellos Peugeot 308 trucados. El joven tenía la ventaja del factor sorpresa, así que tomó una decisión. Total, no tenía otra alternativa. Fingió que reducía la velocidad, como si fuera a aparcar, y, cuando el tipo llegó a la altura de la ventanilla abierta del lado del conductor, pisó a fondo el pedal derecho. Escuchó los gritos de los hombres y vio cómo dos de ellos se abalanzaban hacia sus vehículos.

Quentin conducía por su vida, por su libertad. Le esperaban una decena de kilómetros de curvas traicioneras antes de llegar a Grenoble. No había escapatoria: solo darle caña al acelerador y rezar por salir con vida de aquel infierno de asfalto. Con el historial que arrastraba, le caería un buen paquete si lo atrapaban. Ya no tenía nada que perder.

Una sirena rompió el silencio en el desierto mineral de las montañas. Quentin encadenaba acelerones y reducciones de marcha como si estuviera en un videojuego. Las mismas sensaciones, pero esa vez con un billete al infierno en juego. En una ocasión, evitó por los pelos un quitamiedos y rozó el precipicio. Los neumáticos traseros chirriaron y el vehículo zigzagueó, pero logró mantener el control. Quentin soltó un grito de rabia, pues acababa de sacarles unos cincuenta metros a sus perseguidores. Tan hábil como su piloto virtual en el circuito de Nürburgring.

Su último pensamiento fue para su madre, cuando la Parca le cobró su billete tres curvas más adelante. No llevaba puesto el cinturón de seguridad, así que, en el momento del impacto contra los bloques de hormigón de una barrera de seguridad, atravesó el parabrisas: parte de su cuerpo quedó sobre el capó, mientras que la otra fue retenida por el airbag. El vehículo continuó dando bandazos unos diez metros más, bajo una lluvia de chispas, hasta detenerse por completo al borde del barranco. La frenada instantánea de treinta kilómetros por hora a cero no fue tan violenta. De hecho, la fina cadena con la cruz permaneció enganchada al retrovisor. Pero, finalmente, Quentin salió despedido y sufrió una caída de más de cuarenta metros, como una cerilla arrojada al vacío. Su cráneo fue el primero en estrellarse contra las rocas, y la brusca desaceleración provocó que sus órganos internos explotaran. El corazón se desprendió de la aorta y le reventó un riñón.

Su existencia, sus dieciocho años, todos sus recuerdos, sus risas y sus llantos, se pulverizaron en menos de un segundo, en una carretera anónima de montaña entre Chambéry y Grenoble. El vehículo había sobrevivido, salvo por los cristales, hechos pedazos, y la parte izquierda, destrozada.

El conductor del Peugeot 308, Marc Norez, agente aduanero desde hacía veintidós años, llamó a la Policía y a los bomberos. Aquella noche, que debería haber sido tranquila, terminó convir-

tiéndose en una auténtica pesadilla. Había tenido tiempo de ver el rostro del fugitivo antes de la persecución, justo en el cordón policial. De aquellos rasgos tan jóvenes que recordaba, solo quedaba una silueta minúscula sin cabeza, apenas visible a pesar del alcance de su linterna. Qué lástima. ¿Por qué el individuo se había dado a la fuga? ¿A qué le temía? ¿Qué hacía en aquella carretera aislada a esas horas tan intempestivas?

Norez conversó durante cinco minutos con su compañero de equipo, luego bordeó el quitamiedos y se dirigió hacia el resto de sus compañeros, que acababan de llegar. Cuando el pastor belga y su dueño salieron del coche, el animal se mostró inquieto de inmediato. Se lanzó como una flecha hacia el maletero intacto y empezó a ladrar, al tiempo que arañaba la pintura con las patas. Uno de los agentes, arma en mano, pulsó el botón para abrirlo.

Retrocedió al descubrir el cadáver de una mujer.

Le habían arrancado el rostro.

Capítulo 2

La luz blanca y fantasmal del alumbrado, la noche al acecho tras los árboles, como un reptil listo para surgir, y los contornos oscuros y dentados de las montañas al fondo dibujaron en la mente de Vic Altran un cuadro de Pierre Seinturier. El policía de la brigada de investigación criminal no conocía al artista ni sus obras; sus ojos tan solo se habían cruzado con su nombre y uno de sus dibujos cuatro años atrás, en algún lugar, sin duda en una galería de arte en Grenoble. Su cerebro había ido a buscar la información como el brazo mecánico de una *jukebox*, y la había colocado en su conciencia sin poder evitarlo.

Vic acumulaba los recuerdos más inútiles desde su infancia. Hacía cinco años, había sido el hombre a batir en un concurso televisivo de France 2 durante más de catorce semanas consecutivas, lo que lo había convertido en la estrella de la brigada y de su barrio. Había ganado lo equivalente a diez mil euros en libros, diccionarios y juegos de mesa, de los que nunca había podido desprenderse y que ocupaban más espacio que un coche en un garaje. Era capaz de responder a preguntas absurdas del tipo «dígame de cuántas jugadas constó la partida de ajedrez que enfrentó a Kárpov y Kaspárov en Moscú el 9 de noviembre de 1985», o de dar la definición exacta de la palabra *vinculum*. Solía decir que el día de su derrota, justo después de cumplir cuarenta años, se había enfrentado a alguien más fuerte que él, pero la mayoría de sus amigos y compañeros sabían de sobra que se había cansado de aquella exposición mediática y que había preferido volver a su vida de policía.

Unos quince hombres ya se movían por el lugar de la tragedia, abrigados con cazadoras y gorros que protegían su cabeza: bomberos, agentes aduaneros y funerarios, un equipo de la Policía científica, y sus compañeros de la Policía judicial de Grenoble, Ethan Dupuis y Jocelyn Mangematin. Saludó a cada uno de ellos por su nombre de pila y le repitió a su compañero de equipo, Vadim Morel, que le diera instrucciones al fotógrafo forense.

Morel le sirvió un café fuerte de un termo que siempre llevaba encima, sobre todo cuando las temperaturas congelaban tanto las copas de los árboles como los dedos humanos. Con el vaso en la mano y la nariz escondida bajo la bufanda, los dos hombres se dirigieron hacia el quitamiedos. Desde lejos, cualquiera podría haberlos confundido –ambos de cabello moreno, fisionomía similar y media vida a sus espaldas; los llamaban «V&V»–, pero el rostro de Vadim Morel hacía justicia a su mote, Mr. Potato: labios gruesos, orejas de soplillo y ojos como dos platillos que parecían haber sido recortados de un papel y pegados demasiado cerca de su nariz.

–Los agentes aduaneros estaban ubicados a cuatro kilómetros de aquí, antes de Saint-Hilaire. Llevaban a cabo un control rutinario. El conductor huyó del control policial con su Ford gris y terminó cayendo por el barranco.

Le tendió su identificación: Quentin Rose, dieciocho años, empadronado en Échirolles; otro rostro que Vic guardaría en su catálogo interior. Se la devolvió y echó un vistazo por encima del quitamiedos. Consiguió discernir, más abajo e iluminados por el corazón de la noche, a los trabajadores de la Policía científica.

–¿Cómo han bajado hasta ahí?

–Por un sendero un poco más alejado.

Se acercaron al vehículo de cristales tintados, cuya puerta delantera derecha estaba abierta. Morel señaló los elementos colocados en bolsas de pruebas precintadas que se encontraban sobre el asiento.

–Se hallaron en el suelo, en el lado del copiloto: algo de pasta, una Beretta y un teléfono móvil con la pantalla hecha trizas. Pero lo que nos interesa está en el maletero.

En el maletero del vehículo accidentado se hallaba el cadáver de una mujer, medio envuelta en una lona verde. El cuerpo había sido impulsado hacia el fondo del compartimento por la violencia del choque.

La cabeza estaba dentro de una bolsa de plástico transparente, sujeta con una goma elástica gruesa y azul alrededor del cuello, y girada hacia la luz exterior de los halógenos. El rostro había sido despellejado –una superficie roja como lava en ebullición–, dos órbitas vacías que parecían aguardar sus ojos. En un rincón del

maletero había bidones de productos de limpieza, lejía, cubos, fregonas, una pala y dos sacos de cal viva.

Vic levantó la lona. Le faltaban ambas manos, cortadas de un tajo limpio. Los antebrazos estaban envueltos en plástico hasta los codos, sujetos con cinta adhesiva en lugar de gomas elásticas como en la cabeza.

–Qué asco. Podías haberme avisado.

Vadim Morel alzó su vaso en un gesto que venía a decir: «No hay de qué».

–Me parecía que te habías levantado con el pie izquierdo. ¿Es por el divorcio?

–Nathalie quiere quedarse con MammaM[1]. ¿Te das cuenta de lo que pretende? ¡Es mi perra! Y ahora quiere añadirla a la infinita lista de todo lo que ya me ha quitado. Una forma muy emotiva de poner fin a un matrimonio de quince años, ¿no te parece?

–Sin intención de hacer un chiste de mal gusto…, les das la mano y te cogen el brazo. Y, hablando de manos, si las estás buscando, están en esa esquina, ahí.

Vic se hizo a un lado para no bloquear la luz artificial. Se fijó en una bolsa gruesa, también sellada con cinta adhesiva, junto al guardabarros derecho, cerca del compartimento del gato. Era el tipo de bolsa que se usaría para congelar comida.

–¿Estaban así embaladas?

–Tal cual. Nadie las ha tocado. Lo mismo con los brazos y la cabeza: bien empaquetadas como si fueran simples trozos de carne. El tipo era precavido, tuvo cuidado de no ensuciar el coche.

–¿Y los ojos y el rostro? ¿Dónde están?

–Ni idea. En el coche no, eso seguro.

Vic alzó el paquete y lo orientó hacia las linternas. Las manos, cuyas palmas estaban apoyadas la una contra la otra, terminaban en unos dedos cerosos. El radio y el cúbito parecían haber sido cortados con un tajo limpio. Morel sacó un chicle de una cajita y se lo metió en la boca.

–Todo apunta a que el cráneo está destrozado por la parte posterior. Tal vez le haya desgarrado el rostro con un bisturí, y le haya

[1] Notación original.

sacado los ojos con una cucharilla, como en las pelis. Ya sabes, en plan Hannibal Lecter. Cuesta creer que ese cabrón no tuviera ni veinte años.

Vic volvió a dejar la bolsa en su sitio y se concentró en el cadáver. La víctima parecía ser una mujer joven, de cabello corto y rubio. Estimar su edad era misión imposible, ya que no tenía ni piel ni ojos, y la sangre se había endurecido en la superficie, como magma solidificado. Quizá tendría alrededor de veinte años. Teniendo en cuenta la presencia de la pala y la cal viva, que acelera la degradación de las materias orgánicas, era bastante evidente que Quentin Rose planeaba enterrar el cuerpo en algún sitio.

–¿Ninguna identificación sobre ella?

–Nada de nada. Lo sabremos cuando le realicen la autopsia, pero no será hasta mañana por la tarde, y eso siendo optimistas. Los forenses están desbordados desde hace dos días por el accidente de autobús en Chamrousse. Y prefiero no pensar en los posibles resultados de los análisis de ADN. A lo mejor nos llegan dentro de diez años, con algo de suerte.

–Ah, sí, Chamrousse…

El teléfono de Morel empezó a sonar.

–Perdona, es Poirier. He pedido una verificación de matrícula. Al menos eso es rápido.

Se alejó para atender la llamada. Vic sorbió el café, el vaso apretado entre sus guantes gruesos. Las manos forman parte de los marcadores de identidad de una persona, al igual que el rostro y los ojos. Las huellas dactilares, el color del iris, la forma de la nariz… Era evidente que había una intención clara de hacer que aquella mujer fuese anónima. ¿Planeaba Rose deshacerse de las manos en un lugar y del resto en otro distinto? ¿Adónde se dirigía? En aquel caos infinito de alerces y pinos, ¿dónde podría enterrar a su víctima sin la sombra de un testigo?

Vic detestaba los primeros pasos de un caso, pues existían tantas direcciones a seguir que normalmente le provocaban migrañas. Con un poco de suerte, este asunto podría acabar incluso antes de comenzar, ya que el principal sospechoso –un rostro en un documento de identidad– estaba muerto. Pero había un único problema: como él jamás respondería a sus preguntas, deberían buscar las respuestas por su cuenta.

El policía analizó los alrededores: los destellos crepitantes de las cámaras, los pinos alzándose al fondo, la curva del asfalto con líneas blancas, su jefe de equipo discutiendo con el sustituto del fiscal, también sacado de la cama a rastras en plena noche. Un cuadro lúgubre se pintaba en directo en su memoria; una fracción de horror de una precisión extrema, robada en el instante presente. Durante la siguiente hora, el magistrado autorizaría el levantamiento del cadáver, el coche sería remolcado y daría comienzo la investigación, justo cuando quedaba una semana para Navidad. Serían sus primeras vacaciones a solas con su perra, sin su hija ni su mujer, con la convocatoria en el tribunal para el 12 de enero, momento en que Nathalie y él lucharían por la custodia de Coralie. No podía decir que estuviera afrontando la segunda mitad de su vida bajo los mejores auspicios.

Tras colgar la llamada, Vadim Morel corrió hacia su jefe y luego le hizo un gesto a Vic para que lo siguiera.

–Ha habido un atraco en una gasolinera, a unos veinte kilómetros de aquí, en la A41, entre Chambéry y Grenoble. Ocurrió poco antes de las diez de la noche. He venido con el jefe, así que nos llevamos tu chatarra.

Se subieron al coche de Vic. Morel apartó un montón de papel del asiento del copiloto y unas latas vacías de Coca-Cola, que lanzó a la parte trasera.

–Esto es tan caótico como tu cabeza. Y encima huele a mierda, joder. ¿Cuándo piensas poner un poco de orden aquí dentro? Ahora entiendo por qué no quieres que me pase por tu casa. Sin tu mujer, debe de ser Chernóbil.

–Deja en paz mi casa, mi mujer, mi perro, y dime qué pinta un atraco en todo esto cuando tenemos dos cadáveres entre manos.

Morel tuvo que hacer fuerza con el cinturón para abrocharlo. Escupió el chicle, cogió una pastilla de menta de una bolsita que llevaba en la guantera y la examinó antes de metérsela en la boca.

–El tío apareció de la nada, mangó unos cientos de euros de la caja y se piró con un coche robado, después de amenazar a un conductor que estaba echando gasolina.

–Déjame adivinar: ¿Quentin Rose robó un Ford gris?

–Y el cadáver que venía con él, efectivamente.

Capítulo 3

Un coche de la gendarmería de Touvet ya estaba estacionado en el lugar cuando V&V llegaron al área de servicio, sobre la una de la madrugada. El lugar daba un mal rollo que te cagas, con sus cuatro surtidores cerrados tras el atraco, el aparcamiento desierto y la tienda iluminada con unos neones pálidos y mortecinos.

El gerente, un hombre robusto y con bigote, parecía tranquilo mientras hablaba por teléfono en uno de los pasillos. Los dos policías se acercaron al capitán de la gendarmería, Patrick Rousseau, el primero en ser informado del asalto. Era un tipo de las montañas en toda regla, embutido en una cazadora azul y blanca que hacían parecer aún más anchos sus hombros, dignos de un medio melé de rugby.

–Hará cosa de media hora me avisaron de que venían dos tíos de la brigada de investigación criminal, sin darme más explicaciones. ¿Pueden aclararme qué pasa?

Vic le llegaba a la altura de la barbilla, y su mano quedó completamente envuelta por la del gendarme. Fue él quien se encargó de las aclaraciones mientras Morel inspeccionaba el lugar:

–Nos alertaron los agentes de la aduana, que ya habían iniciado la persecución del Ford antes de que se estrellara contra un quitamiedos, a la altura del kilómetro 47 de la D30. El conductor, su presunto atracador, salió despedido y acabó en el fondo del barranco.

Con los brazos cruzados, Patrick Rousseau parecía tan expresivo como la fachada de un crematorio. Probablemente fuera de esos que piensan que un granuja menos sobre la faz de la Tierra es hacerle un favor a la humanidad. Desde el fondo se escuchó cómo se ponía en marcha una nevera o un congelador. El sonido distrajo a Vic durante un par de segundos. Luego continuó:

–Hemos venido hasta aquí porque queríamos comprobar una matrícula: el Ford gris registrado como JU-202-MO, con matrícula falsa, fue identificado por su unidad como un vehículo robado

en esta gasolinera a última hora del día. En su maletero encontramos el cadáver de una mujer no identificada, de unos veinte años. Por el estado del cuerpo, visiblemente mutilado, es evidente que ya estaba muerta antes del accidente.

–De acuerdo, entendido. Eso explica el comportamiento del propietario del vehículo robado. Se marchó a pie, sin pedir más explicaciones. Tenemos el vídeo del momento. Vengan por aquí.

Los guio hasta la parte trasera del mostrador. Vic no pudo evitar fijarse en el precio de las chocolatinas de la vitrina: dieciséis céntimos más caras que las del supermercado frente a su casa. Sintió cómo su mente empezaba a perderse en el delirio de las comparaciones, aunque logró espabilarse a tiempo. Volvió a centrar su atención en la pantalla del ordenador. El gendarme clicó en un directorio y mostró una primera secuencia.

–Aunque la calidad de las grabaciones deja bastante que desear, podemos hacernos una idea de lo que sucedió. Evidentemente, las imágenes son en blanco y negro, cuando hoy en día cualquier cámara a color cuesta menos de cien euros. Siempre pasa lo mismo cuando necesitamos vídeos, ¿no les parece?

Morel asintió en silencio.

–En fin. Empecemos por la cámara del surtidor número 2, a las 21:42 h. Miren: el atracador sale de esta camioneta por el lado del copiloto. Conseguimos interceptar al conductor justo a tiempo en el peaje de Chambéry. Al parecer, no tiene nada que ver con el asunto. Explica que recogió al chico a la salida de Grenoble. El chaval decía que quería ir a Chambéry, pero una vez llegaron al área de descanso de la autopista le pidió que lo dejara aquí, con la excusa de que había recibido un SMS durante el trayecto y que alguien iba a venir a buscarlo.

La mirada de Vic escaneaba hasta el más mínimo píxel de la imagen. Quentin Rose, con un gorro calado hasta las cejas y el rostro cubierto con una bufanda, se aleja de la camioneta y se instala en un rincón, inmóvil. «Un atracador oportunista», valoró el policía: el joven no tenía un objetivo concreto y había decidido actuar en un lugar desierto, con poco riesgo.

El gendarme apoyó el índice sobre la pantalla.

–Como pueden ver, espera el mejor momento para actuar. La camioneta ya se ha marchado. Voy a cambiar a la cámara 4, situa-

da en el surtidor más alejado de la tienda. Tres minutos más tarde, el Ford gris llega a un surtidor no automático y aparca…

Vic observaba y memorizaba los dos vídeos en paralelo. Rose acaba de entrar en la tienda, mientras que el conductor del Ford sale del vehículo, con una gorra oscura en la cabeza. Con el ángulo de la toma, las gruesas prendas y la falta de luminosidad, es difícil distinguir otra cosa que no sea una masa enterrada bajo un abrigo grueso. Cierra la puerta de un portazo, abre el depósito de gasolina y coge la manguera de diésel con toda la calma del mundo. Mira a su alrededor sin mostrar ni un signo de nerviosismo. No alza la mirada hacia la cámara en ningún momento.

Morel alternó de una pantalla a otra.

–No parece nada preocupado, el muy imbécil, a pesar de que lleva un cadáver con el rostro despellejado en el maletero. A esas horas, ¿no es obligatorio pasar por caja antes de llenar el depósito?

–A partir de las diez de la noche. Lo pone en la entrada. Por diez minutos no lo pillamos con la cámara de la tienda, de frente e iluminado como un árbol de Navidad.

Desde la cámara interior de la tienda, observaron cómo Rose obligaba al gerente a abrir la caja a punta de pistola. En menos de treinta segundos, se mete un puñado de billetes en el bolsillo y sale de la tienda en dirección al Ford. El desconocido lo ve, pero ya es demasiado tarde: el joven lo apunta con el arma y le ordena que retroceda. No obstante, el hombre no se mueve; parece dispuesto a negociar. Un disparo al suelo. Esta vez, el propietario del Ford retrocede dos pasos. Todavía con actitud amenazante, Rose cierra el depósito de la gasolina, se sube al coche y arranca a toda velocidad. Al principio inmóvil, el desconocido termina por desaparecer del ángulo de la cámara. El gendarme pausó la grabación.

–Creemos que huyó en dirección contraria a la autopista. A la derecha del área de descanso hay una franja con árboles y, después, campo abierto. A quinientos metros hay una salida, que lleva hacia varios pueblos y otras carreteras comarcales. Teniendo en cuenta su comportamiento y el hecho de que conducía con una matrícula falsa, no esperé a que llegasen ustedes para avisar a la gendarmería de la zona. Es de noche y hay pocas probabilidades de que lo encuentren, pero nunca se sabe.

–Ha hecho lo que debía. ¿Algún testigo?

–Ninguno por ahora. El gerente estaba en estado de *shock* tras el atraco y no se fijó en nada. Yo mismo me encargué de revisar todas las cámaras, y eso es todo lo que tenemos.

–Así que no tenemos ni idea de cómo es físicamente... En cualquier caso, habrá que echarle un vistazo al historial de la videovigilancia y comparar los modelos de los vehículos. Puede que nuestro hombre ya haya pasado antes por aquí a echar gasolina con su matrícula real.

Vic salió de la tienda acompañado por los dos hombres, y se acercó al surtidor número 4. El gendarme señaló la manguera de combustible, que seguía tirada en el suelo.

–¿Tal vez podríamos sacar una muestra de ADN de la manguera?

–En el vídeo se ve que llevaba guantes. Pero no se preocupe por el ADN, vamos a recoger de sobra en su coche.

Vic se fundió en la noche mientras observaba las luces de las casas en lo alto, aferradas a las montañas. Cientos de destellos plateados, de vidas suspendidas en el espacio. El hombre al que buscaban se había desvanecido entre aquella miríada de estrellas. ¿De dónde venía con un cadáver mutilado en el maletero? ¿Y hacia dónde se dirigía? El policía pensó en la joven víctima, con las manos cortadas. Tal vez sus padres estuviesen esperando su regreso en alguna de esas casas. Quizá su madre ya la estuviera buscando, o su padre hubiera llamado a sus amigas. Una cosa era cierta: no volverían a verla jamás.

Se dio cuenta de que estaba contando las luces, de que una maldita voz en su puto cerebro hecho polvo quería saber cuántas lámparas seguían encendidas desde el área de descanso de Le Touvet, en el departamento de Isère, como si fuera una información de vida o muerte.

Otros números giraban sin parar en su cabeza: el euro con treinta y cinco que costaban las chocolatinas –dieciséis céntimos más caras–, los cincuenta y siete litros y treinta y tres centilitros que había visto en la pantalla digital del surtidor 4 y los horarios de apertura y cierre de la tienda. Y se acordaría para siempre de todas aquellas cifras, hasta el día de su muerte, sin saber muy bien de dónde provenían.

Mientras tanto, veía a Morel charlando con el gendarme, seguramente explicándole que su compañero era un tipo un poco raro,

que no hablaba demasiado, pero que ya se había acostumbrado después de más de diez años trabajando juntos.

Con un suspiro, Vic hizo una llamada rápida a un técnico de la Policía judicial que se había quedado en el lugar del accidente, para pedirle que comprobara si el número del chasis era legible –evidentemente, precisó que, en ese modelo de coche, debería encontrarse grabado en la carrocería, en la parte delantera derecha, justo debajo del parabrisas–, y colgó tan pronto obtuvo la respuesta. Luego volvió junto a los dos hombres y se dirigió a su compañero:

–El número de serie del chasis del vehículo ha sido borrado.

–Qué precavido el tío. Sin rostro, matrícula falsa, sin número de serie. Y, para colmo, un Ford gris…, como si no hubiera tropecientos por toda la región. No será fácil localizarlo a través del coche.

Vic se metió las manos en los bolsillos.

–Por muchas precauciones que haya tomado, esta noche nos hemos colado en su mundillo sin que se lo esperara. Ojalá seamos su regalo de Navidad más preciado.

Capítulo 4

–Sus libros suelen abordar temas como los dobles, la usurpación de identidad, la memoria y los recuerdos. *El manuscrito* no es la excepción. Tal vez sea su obra más cruda y violenta, pues trata temas que podrían llegar a herir la sensibilidad de algunos lectores, como la tortura, el secuestro y la violación. ¿Quiso poner en manos de sus lectores una novela impactante?

Léane Morgan se removió en la silla. No había pasado ni un cuarto de hora desde que la entrevista había comenzado y ya se sentía saturada. Tras más de cuatro años de ausencia, los lectores se habían lanzado de cabeza al nuevo *thriller* de Enaël Miraure. La novela se publicó en diciembre y rápidamente escaló al top 10 de los libros más vendidos. Sin embargo, no le quedaba más remedio que encadenar entrevistas hasta Navidad para asegurar su promoción.

–No tenía nada planeado. Simplemente escribí lo que me salió. Es un libro violento, estoy de acuerdo. Pero dígame una cosa: ¿considera usted que el mundo en el que vivimos no lo es?

Léane guardó silencio. Pamela, su agente de prensa, sentada en la mesa de al lado, la fulminó con la mirada. Aquel artículo valía oro: una doble página en *Twin*, la revista mensual femenina más leída por un público difícil de conquistar, con publicación prevista para las fiestas. La periodista, Géraldine Scordel, garabateaba en su cuaderno mientras fruncía los labios. Léane aceptaba a regañadientes participar en el tedioso juego de las entrevistas, pero se negaba a cualquier grabación de audio, así como asistir a los programas de radio y televisión. Además, exigía revisar los artículos antes de su publicación para asegurarse de que se refirieran a ella en masculino. Por supuesto, nada de fotos: nadie debía ver su rostro. Aunque un puñado de personas sabía que Enaël Miraure y Léane Morgan eran la misma persona, el gran público ignoraba que, detrás del autor de sus noches en vela, se escondía una mujer. La novelista siempre había sabido proteger su vida privada, incluso en los rincones más dolorosos.

–¿Cómo resumiría su novela? Su historia, quiero decir.

–¿La ha leído?

–Leo todos los libros de los que hablo. Pero me gustaría escuchar su versión.

Léane dio un trago a su copa de *chardonnay* para intentar disimular los nervios. Siempre le había costado hablar de sus libros. La entrevista tenía lugar en una cafetería anónima del distrito 10 de París, lejos de los barrios elegantes y de los lugares habituales para ese tipo de encuentros. Hizo un esfuerzo sobrehumano para repetir lo que ya había contado una decena de veces.

–Es la historia de Judith Moderoi, una mujer normal y corriente, maestra, que mantiene una relación con un viejo escritor solitario, un hombre con un pasado turbulento que vive en una inmensa villa en Bréhat, una isla bretona, y que llevaba años sin publicar una novela.

–Janus Arpageon…

–Sí, Arpageon. Él invita a Judith a leer su manuscrito, todavía sin título y del que no ha hablado con nadie: se trata de una sórdida historia de violaciones y asesinatos de adolescentes cometidos por un escritor, Kajak Moebius. Arpageon todavía tiene que escribir las diez últimas páginas y, lo más importante, revelarle a la Policía de la novela el lugar donde están enterradas las víctimas de Kajak. A Judith le parece una obra magistral, pues ignora que Arpageo ha escrito su propia historia, y que Kajak, el personaje principal, es él mismo.

–Una especie de autobiografía novelada.

–Más bien es la larga confesión de un violador y asesino reincidente que jamás ha sido atrapado, y que decide contarlo todo a través de una novela durante sus años de vejez. Cuando anuncia que va a enviar su manuscrito a su antiguo editor antes de redactar el desenlace, Judith decide secuestrarlo y torturarlo para obligarlo a acabar la novela.

–Como en *Misery*, de Stephen King. ¿Lo ha leído?

–Por supuesto, y soy muy consciente de que algunos lectores van a hacer comparaciones, como acaba de hacerlo usted. Pero el enfoque que le doy no tiene nada que ver. Es más bien un homenaje que otra cosa.

–Tiene pasajes duros… Hay una escena estremecedora de una

violación cometida por Arpageon en el pasado. También describe con detalle la fabricación de un instrumento de tortura que Judith utiliza para triturarle el pie, e incluso menciona la lista del material que compra en la tienda de la esquina. Explica cómo eliminar rastros de ADN con lejía, recuerda que la cal viva permite enterrar un cadáver sin dejar vestigios ni olores, y revela algunas técnicas utilizadas por la Policía. ¿No le preocupa que eso pueda perjudicar a los agentes de verdad? ¿O que personas con malas intenciones puedan servirse de las ideas de sus libros con fines indebidos?

–La historia de nunca acabar… ¿Nosotros, los escritores de novela negra, fomentamos la violencia en el mundo? ¿Es eso lo que intenta decir? ¿De verdad cree que las personas con malas intenciones, como usted las llama, esperan a que se publique mi novela para actuar? ¿Que la van a usar como si fuera un libro de recetas? Quien comete un asesinato o una violación lo hace por impulso, por odio, por rabia o por traumas de la infancia. La novela no es más que una excusa, o un detonante, si quiere interpretarlo así. Pero volvamos a mi historia, que de eso se trata, ¿no?

–Por favor.

–Arpageon se enfrenta a su torturadora y se niega a escribir el final. Entonces Judith lo asesina de un disparo en la cabeza con una SIG Sauer, el arma por excelencia de la Policía, y se deshace del cuerpo utilizando una técnica que el propio Arpageon describe en su libro: con cal viva, en un hoyo cavado en el bosque, a un metro cincuenta de profundidad…

Léane esbozó una sonrisa tensa y continuó:

–Sí, lo sé, eso contradice todo lo que acabo de decir sobre que las personas malintencionadas no se inspiran en la ficción. Pero, en este caso, es ficción dentro de la ficción, ¿entiende? Así que sigue siendo ficción.

–Entiendo.

–En fin, prosigamos. Después, Judith se inventa el desenlace, con el objetivo de revelar por fin el famoso lugar donde están enterradas las víctimas.

–Ella escribe el final de la novela, una decena de páginas de las quinientas que conforman el manuscrito.

–Sí, se las apaña como mejor puede. No le queda más remedio que tomar decisiones, hacer elecciones que quizá no habrían

sido las mismas que las del autor. Y se le ocurre un título algo irónico: *El manuscrito*. Luego envía el libro al editor, que lo publica de inmediato.

–El mayor timo del mundo editorial: publicar un libro que no ha escrito uno mismo, sino que ha sido robado a otro…

–Exacto. Salvo que, en este caso, se vuelve en su contra. Por supuesto, tuvo su minuto de gloria, pero solo hasta que la Policía se presenta en su casa. Solo podía haber una persona que supiese que los asesinatos descritos en el libro eran reales: el asesino. En ese instante, Judith descubre que Arpageon era un auténtico asesino en serie, que había escrito su propia vida. Y que, al robarle su historia, ella tomaba su lugar.

La periodista, que escribía anotaciones, poseía una caligrafía completamente ilegible.

–Y cayó de lleno en la trampa. Es una idea brillante. He de admitir que es un giro argumental muy logrado.

–Gracias.

–Lo digo de corazón. También es una hermosa estructura abismada de su oficio: usted, una novelista que cuenta la historia de un escritor, Arpageon, que a su vez narra la historia de otro escritor, Kajak Moebius. Y salta a la vista que todos esos personajes entrelazados están profundamente atormentados. Es como una inmersión en la psique humana, una especie de descenso al laberinto de la mente, hasta sus capas más profundas. Kajak Moebius es monolítico, bestial, una representación del instinto violento. Arpageon, en cambio, es más comedido, arrastrado por sus miedos y obsesiones. Un poco como usted, ¿no?

–No sé, eh… Me da la sensación de que, sin eso, no tendría nada que contar. Necesito que mis personajes sufran. Son como… destellos durante el proceso de escritura. Una especie de cortes con un cuchillo en mi cabeza.

La periodista le lanzó una mirada rápida a la asesora de prensa. Luego se aclaró la garganta.–¿Tiene algo que ver con su pasado?

–Tuve una infancia feliz, normal, si eso es lo que quiere saber. No siempre tiene por qué haber una persona atormentada o un psicópata detrás de un escritor.

–Suele haber un motivo oculto que impulsa a alguien a escribir, pero pasemos a otro tema. La escena final transcurre en los acan-

tilados de Étretat, a la altura de la pasarela y del pico que usted llama «La Aguja Hueca». ¿Es un homenaje a Maurice Leblanc, como antes a Stephen King?

–A Maurice Leblanc, a Conan Doyle, a Agatha Christie… Un homenaje a la literatura policíaca en general, al *whodunit*, «¿quién lo ha hecho?». Pero, por favor, no mencione el final en su artículo.

–Faltaría más. Pasemos a otra cosa. Cuando uno tiene alguna conexión con la Policía, como es mi caso, no es complicado encontrar similitudes entre el *modus operandi* del asesino de su novela y el de Andy Jeanson, que, a diferencia del suyo, es completamente real.

Los dedos de Léane se tensaron alrededor de la copa.

–Igual también me inspiro en las noticias. ¿Algún problema?

Géraldine Scordel dejó su bolígrafo sobre la mesa, se quitó las gafas y se masajeó los ojos.

–Escuche, no me voy a andar con rodeos. Una fuente de confianza me ha asegurado que Sarah Morgan es una de las víctimas del Viajero, aunque el asesino en serie sigue sin revelar dónde está el cuerpo. También sé que el juicio todavía no se ha celebrado y que se trata de un caso delicado. Huelga decir que no me arriesgaría a mencionarlo en mi artículo sin que usted me diera su versión de los hechos. Soy consciente de que desea permanecer en el anonimato, pero plantéese el siguiente artículo: Enaël Miraure es una mujer, y se abre en canal para contar la tragedia que vivió hace cuatro años con la desaparición de su hija, y todo lo que vino después, hasta la detención del asesino en serie Andy Jeanson, hace dos años.

Se giró hacia la asesora de prensa.

–Ya no estaríamos hablando de una doble página, sino de un artículo de seis páginas, se lo garantizo. Con una promoción de semejante magnitud, haríamos que los números explotaran, tanto para usted como para nosotros. Éxito asegurado.

Cuando volvió a dirigir la mirada hacia Léane, ya se había puesto en pie, con los dos puños apoyados sobre la mesa.

–Y qué pasaría con mi vida, ¿eh? ¡Váyase a la mierda! Suelte una sola palabra acerca de mi identidad o sobre el caso y le meto por el culo una denuncia por difamación y violación de la privacidad. A su maldita revista y a usted.

Se puso el abrigo, cogió el bolso y salió de la cafetería sin mirar atrás. Pam la alcanzó en la calle.

–Lo siento, Léane. No tenía ni idea de que se metería en terreno pantanoso.

–Estabais compinchadas, ¿no?

–Claro que no, jamás haría algo así. Joder, ¿de verdad me ves capaz de hacerlo? Ya conoces a Scordel, es un hacha. Me encargaré de arreglarlo todo. No hablará del tema, si eso es lo que quieres. Pero si…

Leáne paró un taxi.

–¡Pues claro que es lo que quiero! Nada de «pero si», Pam. Ni de puta broma. No me he pasado diez años de mi vida ocultando quien soy para echarlo todo por la borda con una historia sórdida. Nunca más volveremos a hablar del tema, punto final.

–Como quieras. ¿Y la entrevista con *Libé* a las 18:20 h?

–No.

–No puedes hacer eso.

–Claro que puedo. Y asegúrate de que nada de esto salga a la luz, o te consideraré responsable de ello.

La novelista se subió al vehículo, le dio su dirección al conductor y se apoyó en el reposacabezas. ¡Qué pesadilla! En el fondo, ya se esperaba un episodio de ese estilo. Era inevitable que, tarde o temprano, un periodista mejor informado que los demás sacara el tema. Una novelista de éxito que escribe historias sobre violaciones, asesinatos y secuestros, y que vive los dramas de sus propios libros. Seguro que eso haría estallar las ventas.

El taxi la dejó en la avenida Presidente Wilson, en el distrito 16, a unos cuantos metros del palacio de Tokio y del Museo de Arte Moderno. En cuanto entró en su piso de sesenta metros cuadrados, encendió la radio en un gesto automático y se sirvió otra copa de vino blanco. Ya sabía de antemano que se tomaría otras dos más antes de acostarse. Empinar el codo era la mejor forma de afrontar el vacío abismal de sus noches. Odiaba las recepciones, los cócteles, los encuentros donde la gente solo iba a lucirse. Lo brillante, lo falso, no podía importarle menos. Hasta aquel apartamento, París y sus luces le resultaban extraños.

A pesar del cansancio, Léane se conectó a su cuenta de Facebook Enaël Miraure, con ochenta mil fans, la mayoría mujeres. En la

foto de perfil, que su editor había comprado a un banco de imágenes, Enaël era moreno con ojos grisáceos y el pelo corto, rondaba la cuarentena y tenía el físico al estilo Eastwood. El cabello de Léane era rubio y rizado, y le llegaba a la altura de los hombros. Tenía la nariz respingona y los ojos de un azul que variaba en función de la luminosidad.

La periodista no se había equivocado con el tema de la usurpación de la identidad, pero Léane necesitaba meterse en la piel de Enaël, sentir su masculinidad y su seguridad. A veces, en la piel de Léane, sufría una especie de angustia inexplicable cuando se ponía ante una hoja en blanco. Y, cuando caía la noche, una especie de mano encorvada subía por su garganta para acallarla, asfixiarla, como si Enaël Miraure estuviera preso en lo más profundo de su ser e intentara salir.

Se pasó un rato en las redes sociales, sola en medio de todos sus amigos virtuales. Luego se envolvió en un chal de lana y salió a la terraza a tomarse una copa de vino. A Sarah le habría encantado esa vista sobre los tejados de la capital, el brillo de las luces de la Torre Eiffel, el reflejo plateado del Sena. Léane, en cambio, solo apreciaba esa locura de ciudad porque la ayudaba a evitar pensar en exceso. París la anestesiaba, como unas gotas de absenta vertidas sobre un dulce.

Su móvil empezó a sonar. Suspiró en cuanto vio el nombre que aparecía en la pantalla: Colin Bercheron… Decidió no cogerle el teléfono al policía y pensó en su marido. Ella se encontraba aquí, él allí, aferrado a la costa del Norte como un mejillón a una roca. Llevaban casi dos meses sin ponerse en contacto, excepto por un mensaje de voz que le envió la antevíspera, en el que le decía que tenía información importante. Ella había intentado llamarlo varias veces, en vano. Esa era una actitud muy de su estilo: tirar la piedra y esconder la mano.

¿Jullian se había hundido aún más en su paranoia? ¿Seguía buscando el cadáver de su hija a pesar de las pruebas? Léane temía el momento en que debieran hacer oficial su separación y empezar con los papeles del divorcio. Su relación se había ido a pique desde el año que llevaba viviendo en París. Otro duelo al que hacerle frente. Sin embargo, en el fondo de su ser, aún brillaba una chispa, un fuego de hacía veinte años que nunca se llegaría a apagar.

El policía le había dejado un mensaje de voz, que hizo el esfuerzo de escuchar.

Léane, soy Colin. Perdón por molestarte a estas horas, pero han agredido a tu marido. Está en el hospital de Berck. No sé mucho más por ahora. Llámame en cuanto escuches este mensaje.